

# LIBROS

50

LETRAS LIBRES  
ABRIL 2021

**Fernanda Melchor**

PARADAIS

**Pablo Stefanoni**

¿LA REBELDÍA SE VOLVIÓ DE DERECHA?

**Roger Bartra**

CHAMANES Y ROBOTS. REFLEXIONES SOBRE EL EFECTO PLACEBO Y LA CONCIENCIA ARTIFICIAL

**Michael J. Sandel**

LA TIRANÍA DEL MÉRITO. ¿QUÉ HA SIDO DEL BIEN COMÚN?

LIBRO DEL MES

**Guillermo Trejo y Sandra Ley**

VOTES, DRUGS, AND VIOLENCE. THE POLITICAL LOGIC OF CRIMINAL WARS IN MEXICO

NOVELA

## El edén pervertido



**Fernanda Melchor**  
PARADAIS  
Ciudad de México,  
Literatura Random House,  
2021, 160 pp.

FERNANDO  
GARCÍA RAMÍREZ

El tema de la más reciente novela de Fernanda Melchor no es el rencor social o el machismo sino el de la imposibilidad de regresar a un tiempo en donde todo —vida, familia, cuerpo— tenía sentido. Polo, el protagonista de la novela, anhela la libertad perdida, cuando las responsabilidades no le habían caído encima, antes del trabajo obligatorio y desgraciado, antes de tener que enfrentar la posibilidad de que el hijo de su prima fuera suyo, antes de sufrir una vida desdichada y sin futuro. Pero el regreso al mundo ideal de su infancia, cuando iba a pescar con su abuelo al estuario bajo el

pueblo, está sellado, puerta condenada: el abuelo está muerto y el bote en el que se aventuraban está deshecho y sin posibilidad de compostura. No hay regreso, lo que hay es la vida: insatisfacción y dolor, la vida en el infierno. El paraíso existe pero no para ti, Polo, para ti lo que hay es tu vida de sirviente en Páradais, fraccionamiento de los ricos. Fuiste expulsado del edén, ahora te toca ganarte el pan con el sudor de tu frente, limpiando la alberca y el excremento de los perros. Para ti, Polo, no hay esperanza. El paraíso es un edén pervertido, Páradais.

Frente a la imposibilidad del regreso, ante su incapacidad para ser libre: la ausencia de libertad, la cárcel, que es el destino que le espera a Polo luego de ser cómplice de una orgía de sangre en una de las residencias del fraccionamiento. “Estaba harto de todo, harto de aquel pueblo, de su trabajo, de los gritos de su madre, de las burlas de su prima, harto de la vida que llevaba, y quería ser libre, libre, carajo, esa era su meta en la vida, hacía bien poco que lo había descubierto.” Polo no provoca la menor empatía. Su búsqueda de libertad es desesperada y angustiada. Quiere ser libre a fuerza de patadas y de odio. Su pobreza de origen no lo condenaba a la pobreza de por vida. Desperdió su oportunidad, fue un pésimo estudiante. Le reclamaba su madre, chancla en mano: “¿Fue mi culpa que te corrieran de la escuela? Dime, ¿yo te obligué a irte de pinta y tronar las materias por andar de pedote? Tuviste chance de hacer estudios, más chance del que yo tuve, o del que tuvo tu pobre abuelo, y la cagaste, cabrón, la cagaste por pendejo y por huevón y ahora te toca chingarte.” Fue cancelada su libertad tras ir acumulando errores. Fue un error abandonar la escuela, error embarazar a su prima, error

querer emular a su primo el sicario. La vida como una suma de fracasos. Estamos condenados a ser libres, pero el ejercicio del libre albedrío no nos hace virtuosos. Cada puerta falsa que abre el protagonista lo conduce a un pasillo cada vez más bajo en donde se encuentra otra puerta equivocada que lo lleva a los umbrales del infierno, a esa noche demente, la noche del crimen canalla.

La novela termina en donde comienza, serpiente que se muerde la cola, con Polo que afirma que él no hizo nada, que todo fue culpa del Gordo, Franco Andrade, y su obsesión con la vecina. Todo fue, en el caso del Gordo Franco, culpa del deseo. Generalmente pensamos en el deseo asociado al amor. Pero el deseo puede ser una fuerza terrible. Una potencia destructiva. Sobre todo si no encuentra forma de manifestarse. Si se va acumulando sin remedio hasta volverse una pasión insana, desquiciante. Sobre todo si el sujeto deseante, como Franco, como Polo, ha hecho un uso equivocado de su libertad. Si Polo es el sirviente sin remedio, Franco es uno de los habitantes privilegiados del fraccionamiento Páradais. Niño pudiente que se hizo expulsar del colegio porque sabía que su vida, hiciera lo que hiciera, estaba resuelta por la fortuna del padre y sus abuelos. Adolescente frustrado, rico y ocioso, que eligió como su oscuro objeto de deseo a su vecina, señora joven, madre de dos hijos. Un deseo poderoso que lo avasalla. No se trata de un deseo platónico sino de uno exacerbado por el machismo imperante en una sociedad como la nuestra en la que un violador serial puede ser candidato a gobernador de un estado con el apoyo y beneplácito del presidente de la república. Un machismo que puede campear abiertamente. El macho que desea sabe que puede

saciar su deseo por la buena o por la fuerza, que cualquier exceso quedará impune. Su padre comprará al juez, dispondrá para él de abogados corruptos, sabe que su fortuna puede sacarlo del país en cualquier momento. Polo es presa de un anhelo errático de su libertad en tanto que Franco es el esclavo ciego de un deseo que lo atormenta.

La libertad y el deseo gozan de buena fama. Pero la libertad puede llevarnos a tomar decisiones infaustas y el deseo puede conducir a la muerte. La libertad y el deseo son frutos del paraíso. El crimen, la realidad del *páradais*. El cielo en la tierra es un territorio carcomido por el rencor, el despojo, la impunidad, el vicio, la injusticia. La lucha por la libertad, el cumplimiento del deseo, pueden desembocar en el crimen. La otra cara del mundo es la que nos muestra Fernanda Melchor en su tercera novela.

*Páradais* expone un triángulo de personajes. Un ángulo lo representa Polo, el resentido hijo de su libertad. El otro lo encarna Franco, el adolescente enajenado por el deseo. El tercer ángulo lo representa Marián, la vecina rica, guapa, frívola del fraccionamiento en el que vive Franco y en el que trabaja Polo. Quizá sea la parte más débil de la novela. Su caracterización es la más pobre, personaje armado de clichés. De Polo y Franco conocemos sus vidas, sus motivaciones y los sótanos de sus anhelos y deseos. De Marián solo se nos cuentan frivolidades: su buen cuerpo, sus cremas y pulseras, sus hijos y sus fiestas, sus bikinis y sus coqueteos, se nos dice cómo disfruta aparecer en las revistas de moda y cómo procura al marido para asegurarse sus lujos y su protección. Parece una mujer superficial porque solo se nos muestra su superficie. Una buena ficción necesita la perspectiva

del protagonista y del antagonista. Marián es un personaje de cartón piedra, un maniquí que cimbra sus caderas y agita sus collares. Sabemos de sus pechos pero no lo que piensa, de dónde viene, por qué es así. En este sentido, la novela de Fernanda Melchor practica con sus personajes femeninos una violencia semejante a la de Polo y la de Franco. Las otras mujeres de la novela no son mejores. A la madre de Polo el horizonte se le agota en un trabajo mediocre, ella que acostumbra a golpear a su hijo para obligarlo a ir al trabajo. A Zorayda, la prima, no la pinta mejor: “Había algo diabólico en la mirada de Zorayda, un brillo de astuta vileza que la muy taimada se guardaba bien de mostrar ante los adultos, a quienes solo dejaba ver su lado tierno y acomedido, reservando su tiranía y crueldad para cuando nadie más estaba cerca.”

*Páradais* es una novela hija de su tiempo. Un tiempo nublado. Negros



nubarrones de violencia y machismo ensombrecen el paisaje mexicano. Una violencia y un machismo que lo carcomen y lo penetran todo. Hasta la forma en que Fernanda Melchor concibe a sus personajes. —

**FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ** es crítico literario. Mantiene una columna en *El Financiero*.



## ENSAYO

### Las nuevas utopías reaccionarias



**Pablo Stefanoni**  
**¿LA REBELDÍA SE VOLVIÓ DE DERECHA?**  
Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2021, 224 pp.

#### RAFAEL ROJAS

No hace mucho Mark Lilla lamentaba la escasa capacidad del liberalismo estadounidense para restablecer el lugar de lo común en medio de los discursos identitarios predominantes desde fines del siglo xx. Advertía entonces el autor de *La mente naufragada* (2017) que con el ascenso del trumpismo y otras nuevas derechas en Occidente se consumaba el regreso del conservadurismo a su gran afición por la captura del hombre común.

En su más reciente libro, el historiador argentino Pablo Stefanoni muestra lo lejos que ha llegado aquella movilización demagógica en los últimos cinco años. El grado de articulación global de esa derecha pudo constatar en el proyecto de una Internacional Conservadora, impulsado por Steve Bannon, que produjo un par de reuniones memorables, una en Washington y otra en Roma, encomendadas al par de máximas de resonancia militar: “Dios,

honor, país” y “Reagan, Juan Pablo II y libertad de las naciones”.

En el centro o los alrededores de aquellas reuniones estuvieron políticos como el húngaro Viktor Orbán, la francesa Marion Maréchal, nieta de Jean-Marie Le Pen, el líder de Vox Santiago Abascal, el nacionalista holandés Thierry Baudet y Giorgia Meloni, dirigente de Hermanos de Italia. La presencia de Clark Judge, escritor de los discursos de Reagan, y John O’Sullivan, consejero de Margaret Thatcher, buscaba tender un cordón umbilical entre el neoliberalismo conservador de fines del siglo xx y la nueva derecha filofascista. Pero lo cierto es que los nuevos acentos de esta derecha —nacionalismo, antiglobalismo, racismo, xenofobia— poco deben al reaganismo o el thatcherismo.

Stefanoni repasa con agilidad la nueva literatura acerca del derechismo alternativo o 2.0 (Marina Garcés, Enzo Traverso, Jean-Yves Camus, Chantal Mouffe, Anne Applebaum, Corey Robin...) y concuerda con quienes prefieren términos como “posfascismo” o “reaccionarismo” al indiscriminado uso de la etiqueta “populista”, que puede llegar a integrar en una misma tendencia a regímenes y políticos disímiles como Bolsonaro y Putin, Trump y Maduro.

Hay, desde luego, conexiones entre la nueva derecha y la vieja, como el anticomunismo, pero lo distintivo de la última generación conservadora parece ser la vuelta a la arcadia del hombre común por medio de la incorrección política. Junto con el desgaste de las identidades nacionales, la globalización ha difundido normas multiculturales para la convivencia en la diversidad. Los nuevos reaccionarios llaman a desafiar esas normas en nombre de un pueblo llano

que, como parte de sus usos y costumbres, defiende el machismo, la homofobia y el racismo.

Paradójicamente, argumenta Stefanoni, el culto a la incorrección política recurre a mecanismos propios de las izquierdas desde los años sesenta, como el utopismo y la rebelión. Steve Bannon no ha tenido empacho en imaginarse como un Lenin reaccionario que desde su *Iskra* (Breitbart News) convoca a una revolución popular contra el *establishment* liberal de Washington. El asalto al Capitolio por las turbas trumpistas, el 6 de enero, fue apenas el primer “ensayo”, como llamó el propio Lenin a la revuelta rusa de 1905, de la nueva revolución conservadora.

Salir a las calles a gritar, con la vena en el cuello, contra la clase política y el *mainstream* liberal o aplaudir a rabiar cualquier desplante misógino de Trump son escenas que reorientan el activismo político hacia la derecha. Es cierto que son escenas con una sólida tradición en los fascismos de la primera mitad del siglo xx, pero también en los populismos de la izquierda latinoamericana, en los socialismos reales de Europa del Este, en la Revolución cubana o en el mayo francés del 68.

Además del estilo rebelde y contestatario, la nueva derecha se apropia del utopismo izquierdista de fines del siglo xx. Un tono extrañamente emancipatorio aparece en textos de Mencius Moldbug, Michael Anissimov y otros ideólogos del reaccionarismo tecnológico. Según estos lo que anda mal no es únicamente el liberalismo sino la propia democracia, ya que el ejercicio del sufragio es mayormente irracional, distorsiona la representación política y solo crea oligarquías sectarias o tiranías de masas.

Las soluciones que se vislumbran son tan diversas como el mapa mismo de las nuevas derechas: una nación étnicamente homogénea, un imperio *wasp*, una federación de móradas libertarias... No recomiendo Stefanoni despachar a la ligera fenómenos como el libertarismo o el anarcocapitalismo pero sí localizar las zonas en que esas y otras corrientes entroncan con una reacción global contra el liberalismo, la democracia y el socialismo, en la que la bestia negra puede ser lo mismo el “marxismo cultural” que las políticas de la diversidad.

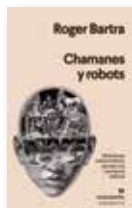
Aunque escrito en Buenos Aires, el libro habla muy poco de América Latina. En algún momento se menciona a Jair Bolsonaro y hay pasajes dedicados al ascenso del libertarismo en Argentina, especialmente a través de las figuras de Javier Milei y Agustín Laje. La ausencia tal vez se deba a algo que apunta Stefanoni en relación con el macrismo: las derechas latinoamericanas siguen siendo mayoritariamente neoliberales y democráticas, por lo que tienen mucho más que ver con Hillary Clinton que con Donald Trump.

Pero la extrema derecha también avanza en América Latina a través de plataformas, como las religiosas, las racistas o las nacionalistas, que no acceden tan rápida o visiblemente a los partidos y liderazgos políticos. Si logran acceder, finalmente, lo harán echando mano de un llamado a la rebelión conservadora y de una venta de utopías reaccionarias que pueden involucrar amplios sectores de poblaciones desiguales y empobrecidas. —

**RAFAEL ROJAS** es historiador y ensayista. Editó, al lado de Vanni Pettinà, *América Latina. Del estallido social a la implosión económica y sanitaria post covid-19* (Crítica, 2020).

## ENSAYO

### Máquinas pensantes



**Roger Bartra**  
CHAMANES Y ROBOTS.  
REFLEXIONES SOBRE EL  
EFECTO PLACEBO Y LA  
CONCIENCIA ARTIFICIAL  
Barcelona, Anagrama,  
2019, 184 pp.

#### NAIEF YEHYA

Las máquinas conscientes y sensibles nos han acompañado en la ficción desde hace milenios. Los hijos de nuestra mente se asoman regularmente entre los progresos tecnológicos y se insinúan en los descubrimientos científicos como apariciones inminentes, como inevitables compañeros y herederos a quienes habremos de cederles nuestro lugar privilegiado. En gran medida estos personajes artificiales de la ciencia ficción (que van mucho más allá de poder resolver problemas específicos y entienden su lugar en el universo y su momento en el tiempo) están más cerca de ser dispositivos para reflexionar acerca de nosotros mismos que de representar auténticos experimentos mentales en torno a lo que implicaría crear inteligencias conscientes o las circunstancias que pudieran dar lugar a la singularidad (el momento hipotético en que se dispare el desarrollo de una superinteligencia que rebase a la humana). Es claro que no es lo mismo una máquina inteligente que una consciente. Podemos pensar que esta última sería aquella que tuviera humor, compasión, curiosidad o bien que sintiera dolor o afecto, aunque también sería una mente capaz de conspirar, mentir y ocultar sus intenciones. Pero es imaginable que estas sensaciones y conductas puedan ser programadas o desarrolladas por

algoritmos para que una máquina las simule de manera convincente. ¿Cuál sería entonces una prueba incontrovertible de la aparición de una conciencia?

En *Chamanes y robots* Roger Bartra conduce la discusión sobre las máquinas pensantes más allá del tradicional debate entre inteligencia artificial fuerte y débil para cuestionar lo que una mente manufacturada requiere para ser consciente. Bartra retoma y lleva más allá las consideraciones en torno a la naturaleza de la conciencia que desarrolló en *Antropología del cerebro* (2014). Para el autor de *La jaula de la melancolía* (1987) la conciencia requiere de un exocerebro, una prótesis simbólica, un andamiaje intelectual que vincule las funciones de las redes neuronales con un entorno cultural y social, que emplee el lenguaje, el conocimiento, la música y el arte entre otras cosas. Esa inmensa red inerte de productos, objetos e ideas al conectarse con nuestra mente parece despertar, como un libro al ser leído. Bartra escribe: “La conciencia es un híbrido que enlaza circuitos neuronales con redes socioculturales” y por tanto es un fenómeno cibernético que depende de igual manera de la biología que de la cultura.

Así como el chamán emplea el efecto placebo, el ingeniero cuenta con el efecto robótico. Ambos son especies de encantamientos que echan mano de códigos para sanar o para animar la materia. Es decir que son procedimientos que nos remiten al Golem de la tradición judía, el ser creado del lodo y animado con la inscripción de una palabra en su frente. Pero Bartra va más allá al proponer el uso del efecto placebo para determinar la presencia de una conciencia. El efecto placebo es una muestra de que “estructuras

simbólicas arraigadas en la cultura son capaces de influir en las funciones cerebrales por medio de la conciencia”. Es decir que el uso de sustancias inocuas, rituales, encantamientos y procedimientos ficticios pueden tener consecuencias somáticas reales pero únicamente si el sujeto sometido a ellas participa de manera consciente y cree en el presunto poder del tratamiento. Los mecanismos de curación no farmacéutica ni quirúrgica, desde los ritos mágicos hasta el psicoanálisis, y desde las prótesis simbólicas elementales como los amuletos y colgijes hasta los elaborados dispositivos tecnológicos para controlar el dolor, dependen de invocaciones y son métodos de conversión de símbolos en señales neuroquímicas, flujos de endorfinas, opioides, dopaminas y serotoninas que influyen en el funcionamiento del cerebro.

La conciencia humana es un extraño producto evolutivo que según Roger Penrose se basa en procesos no computacionales, mientras que John Searle piensa que basta con que una mente se cuestione acerca de su conciencia para que podamos afirmar que es consciente, aunque tan solo puede existir si está encarnada en un cuerpo biológico. Para algunos es una simple ilusión, para otros es el resultado de algoritmos y unos más lo entienden como algo divino. ¿Podemos aventurar que es producto de las contradicciones entre los sentidos, las ideas y los deseos? Como apunta Bartra, estudiar la posibilidad de una conciencia maquina nos ayudará a entender qué es y de dónde viene nuestra propia conciencia y de esa manera avanzar en la elaboración de una teoría general de las conexiones e interacción entre lo biológico y lo cultural.

En la cultura popular contamos con varias narrativas seminales que

han determinado la forma en que imaginamos ese futuro cercano de convivencia y confrontación con mentes robots. Las más conocidas son las películas *Blade runner*, *Alien*, *Terminator* y las series *Westworld* y *Humans*. Sin embargo estas obras se enfocan en la desigualdad, la esclavitud, la ambición y la naturaleza, así como en la fricción producida por la confrontación con ese otro “más humano que lo humano”. En cambio, dos películas abordan el problema de la conciencia artificial de manera singular ya que la vinculan con la duplicidad, el deseo e incluso el amor entre filos taxonómicos: *Her* de Spike Jonze (2013) y *Ex machina* de Alex Garland (2014). En la primera tenemos a Samantha, una mente de *software* con seductora voz femenina; en la segunda a Ava, una atractiva ginoide. El género sexual de ambas es una mera construcción, un deseo (¿fantasía?) del ingeniero creador pero las dos emplean esa característica en sus relaciones con el exterior en su beneficio, las dos manipulan a los humanos y ocultan la verdad de sus intenciones. En la cinta de Garland el ingeniero dice que es inimaginable una mente sin cuerpo y además confiesa: “Si lo vas a construir por lo menos tiene que divertirte.” Estas dos mentes robóticas cumplen con el punto que plantea Bartra: completan los circuitos necesarios para construir su independencia al entender su incompletitud.

*Chamanes y robots* es un paseo vertiginoso por las fronteras de la conciencia, por territorios de especulación que van desde los orígenes de la cultura hasta los rincones del ciberespacio. Esta es una obra que a pesar de su estilo mesurado invita al delirio. Si bien Bartra está muy lejos de dejarse llevar por el entusiasmo frívolo y se mantiene seriamente anclado a las certezas científicas

y a exponer el inmenso abismo de conocimiento que nos separa del momento en que los objetos inteligentes se conviertan en sujetos conscientes, el fabuloso y enriquecedor despliegue de ideas que nos presenta nos lleva a imaginar la emancipación de las mentes maquinales y la forma en que el exocerebro cultural podrá ser utilizado como palanca para la transformación sin retorno. Y ese momento muy probablemente sucederá cuando, al aplicarle un placebo a una máquina pensante, esta sienta un auténtico alivio. —

**NAIEF YEHYA** es escritor. Su libro más reciente es *Mundo dron. Breve historia ciberpunk de las máquinas asesinas* (Debate, 2021).



## ENSAYO

### Falsa victoria



**Michael J. Sandel**  
**LA TIRANÍA DEL MÉRITO.**  
**¿QUÉ HA SIDO DEL BIEN**  
**COMÚN?**  
Traducción de Albino Santos Mosquera  
Ciudad de México, Debate,  
2020, 336 pp.

### ANDRÉS TAKESHI

Una estela de grandes personajes puebla el fresco de la historia. Héroes primigenios de guerra, fundadores de ciudades y pueblos, salvadores del honor, profetas, elegidos. Y en nuestro tiempo: astros del deporte que han tocado el cielo con las manos, pioneros insignes de las ciencias y de las artes, héroes de la patria y prohombres de las historias nacionales. Aparentemente, ellos son la historia de la humanidad, no millones de almas condenadas al olvido, eclipsadas por el resplandor de unos pocos.

El fulgor de aquellos astros es capaz de conmovernos hasta

las lágrimas, de inspirarnos devoción. En un arranque de apasionamiento, no solo los defendemos, sino que comenzamos a imitarlos, con el afán de merecer nuestra parte de gloria. En esa actitud de *superación* de la adversidad radica la búsqueda del mérito. “Merecer” presupone retribución, reconocimiento y legítimo derecho a gozar de la victoria. Siempre hay alguien a quien superar, aplastar e incluso humillar.

Preocupado por esta situación desde un punto de vista moral y político, el profesor de Harvard Michael J. Sandel (Mineápolis, 1953) se ha lanzado en su libro más reciente contra la “tiranía del mérito”. Su preocupación central es la erosión del bien común. De hecho, entiende la política como una acción de responsabilidad compartida que no solo involucra a las élites gobernantes. Aunque, en la interpretación de Sandel, han sido los partidos políticos tradicionales los principales autores del desasosiego electoral que prefirió votar por Donald Trump o el Brexit.

La hipótesis de Sandel es que el auge del mérito, instaurado como forma de convivencia con sus propios métodos de reproducción, sobre todo en el sistema educativo, ha dado paso a líderes de corte autoritario, apoyados por un electorado xenófobo y nacionalista. Quienes votan así, lo hacen desde las márgenes de la competencia perpetua por la victoria social y de ingresos. Son electores sin título universitario que guardan un sentimiento de inferioridad, aquejados por diversos males y que ven a las élites meritocráticas con lícito rencor.

En las últimas décadas, un gran número de norteamericanos sin grado universitario ha muerto de causas no naturales, relacionadas con el suicidio y el consumo de drogas y

alcohol. Enfermedades, malestares físicos, desórdenes mentales, debilitamiento para trabajar o tener una vida social son algunos de los rasgos que caracterizan a aquellos que no han obtenido un título profesional en Estados Unidos.\*

La presión que ejercen las élites sobre las nuevas generaciones en desigualdad de circunstancias, así como la soberbia con que miran desde arriba, ha generado rencor social, según Sandel. Los efectos son perniciosos para el sentido de comunidad, tanto como para el sufrimiento individual de quien es rechazado en un proceso de admisión universitario.

Gracias al magnífico archivo de discursos presidenciales estadounidenses que ha impulsado la Universidad de California, en Santa Bárbara, así como a Google Books Ngram Viewer, el autor consigna cuatro décadas de discurso meritocrático y falsas promesas de ascenso social. El discurso voluntarista que promete la movilidad social y la gloria del éxito con tan solo desearlo ha chocado fuertemente contra la triste realidad de una sociedad desigual e injusta. Peor aún: las evidencias apuntan a que el mérito tiene más que ver con la riqueza heredada en unas cuantas manos y no como consecuencia de madrugar y perseverar. De manera tal que ascender desde los estratos más bajos hasta la gloria y el éxito, como se entienden hoy, es ya un acto heroico.

La idea del mérito incluso ha absorbido a la de igualdad, porque presupone una supuesta igualdad de origen y, después del éxito, atribuye y exalta la diferencia. Pareciera que más bien persigue los extremos, los casos únicos, incomparables, pero

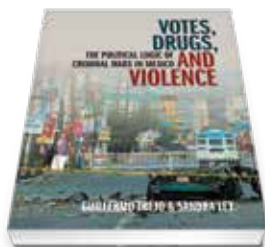
\* Anne Case y Angus Deaton, *Muertes por desesperación y el futuro del capitalismo*, Barcelona, Deusto, 2020.

sin aceptarlo abiertamente. Tapa el pudor de su callado deseo con aquella aparente igualdad inicial y, en el acto, niega toda posibilidad de discutir diferencias de origen.

Nadie puede estar en contra del mérito justo ni la recompensa social o económica. Pero el ánimo de victoria individual o grupal ha surtido un efecto más allá de la vida privada. La noción de justicia se ha empobrecido demasiado; debe y puede liberarse de su único ámbito, el de los supuestos ganadores y perdedores. “Perder” una elección o un duelo deportivo no es, precisamente, deshonroso, pero la cultura del mérito nos ha hecho creer que sí, de la misma forma que cuando “se gana” otorga gloria y soberbia para pisotear al contrincante “vencido”. Este teatro desafortunado, que consume a los jugadores, actores incapaces de distinguir la ficción, arde en llamas cada vez que el favorito cae en “derrota”. Lo peor de esta actitud es que impide disfrutar el acto, el proceso, el juego, en espera siempre del resultado final.

Como típico estadounidense, Sandel no menciona ningún caso de América Latina, pero su argumento es atendible porque el malestar es general. Hoy México también exhala ese tufo soberbio. En la vida privada, en los deportes, en la cultura, en la política, quien resulta “vencedor” celebra y humilla. Tanto ha arraigado esta forma de convivir que incluso los “perdedores” de ayer, cuando por fin obtienen la victoria, toman venganza y se ensañan desde el pódium del ahora. La noción de lo público no puede ser un certamen ni una subasta; es un proceso de discusión organizada. Buscar la razón —y, eventualmente, encontrarla— es humilde tarea de todos. —

**ANDRÉS TAKESHI** (Ciudad de México, 1986) es editor y ensayista.



**Guillermo Trejo y Sandra Ley**  
**VOTES, DRUGS, AND VIOLENCE.**  
**THE POLITICAL LOGIC OF**  
**CRIMINAL WARS IN MEXICO**  
 Nueva York, Cambridge  
 University Press, 2020, 350 pp.

# Las organizaciones criminales como agentes políticos

**MARISOL OCHOA ELIZONDO**

Con un profundo análisis crítico, Guillermo Trejo y Sandra Ley muestran en *Votes, drugs, and violence* los puntos centrales que detonaron el estallido de la violencia por parte de las organizaciones criminales en México a lo largo de las dos últimas décadas. Su libro plantea aproximaciones inéditas para pensar el fenómeno de la violencia criminal y su relación vital con el espacio político más allá de conceptos dados y metodologías establecidas. A partir del desarrollo de una teoría de la violencia criminal, los investigadores ponen en evidencia cómo los procesos de transición democrática, aunados a la fragmentación del poder político, pudieron influir en las lógicas internas y externas de las organizaciones criminales para mantener los estados de paz o de guerra permanente.

Los preguntas que guían a Trejo y Ley son dos: ¿por qué los cárteles de la droga mexicanos fueron a la guerra cuando el país cambió del régimen de un solo partido a uno multipartidista y democrático? Y ¿por qué el control a nivel local se volvió relevante para los grupos de la delincuencia organizada? A lo largo de

su estudio crítico, se demuestra la relación entre las acciones electorales y criminales y cómo esta desató la lucha en algunos territorios por el poder político. Este proceso de desestabilización provocó que las organizaciones delictivas –los cárteles de la droga y las milicias privadas criminales– actuaran como agentes políticos para imponer controles territoriales, principalmente locales y subregionales, con el objetivo de construir redes de complicidad en medio de la inestabilidad y la pérdida de control del Estado del monopolio de la violencia política.

*Votes, drugs, and violence* detalla minuciosamente cómo las organizaciones criminales se convirtieron en agentes políticos al suplir el poder del Estado en distintos territorios a lo largo y ancho del país, donde la violencia criminal se volvió un mecanismo de control territorial estratégico. La guerra tornó una acción legítima y restauradora de un nuevo orden político criminal, en el que surgieron localidades gobernadas por monopolios industriales criminales y, a su vez, donde la mutación de objetivos delictivos se desarrolló y se transformó constantemente generando inestabilidad y la creación de *zonas grises* criminales.

A la vez, esta obra nos muestra cómo las competencias electorales y el conflicto de los partidos políticos en el periodo poshegemónico se convirtieron en factores centrales para acrecentar la violencia y los conflictos criminales, afectando directa e indirectamente a la población civil y a las esferas políticas locales. Pero no solo eso, el libro nos permite ver el ejercicio de *lo político* como un elemento capaz de incentivar la instauración de la violencia o de la paz en el país. De manera que, para los investigadores, el deterioro de los modelos autoritarios y su tránsito hacia democracias débiles influyen en el comportamiento de las organizaciones criminales. Por ejemplo, la violencia relacionada con el tráfico de drogas se incrementó drásticamente entre 1980 y 2012 debido a los cambios de estructuras de poder político. Bajo la presidencia de Felipe Calderón, de 2006 a 2012, se inició un proceso de militarización y se empleó como principal estrategia la *decapitación* de los grupos criminales con la captura de sus líderes. Posteriormente, el gobierno de Enrique Peña Nieto continuó con una política de seguridad militar que promovió la creación de autodefensas en algunos territorios del país para hacer frente a las organizaciones delictivas, pero el incremento de la violencia fue brutal. El resultado es la mayor crisis de seguridad en la historia moderna del país.

A diferencia de las aproximaciones históricas enfocadas en los alcances del Estado y el incremento de la violencia criminal en México que en los últimos años se han publicado, Trejo y Ley proponen un desplazamiento no solo teórico sino práctico. Su análisis parte del efecto que tuvo la transición democrática a la hora de modificar comportamientos “históricos” del ejercicio político y criminal a nivel municipal y estatal, pues esta detonó modelos alternativos de gobernanza que ejercieron mecanismos de violencia ilegítima para imponer controles territoriales y sociales.

Los estudios anteriores proponían como explicación a la criminalidad la centralización del poder y los controles hegemónicos que ejercía el Estado en las instituciones de seguridad, al ordenar a los agentes policíacos desde el centro hacia los estados y municipios. Sin embargo, estas teorías no contemplaban los cambios territoriales que ocurrieron a finales de la década de los noventa e inicios del año 2000, a causa del fin del sistema de partido hegemónico. La transición democrática recodificó las lógicas delictivas a partir de los ejercicios electorales: impulsó nuevos vínculos de colusión entre agentes políticos y criminales, que ya no se dieron a nivel federal de manera exclusiva sino a nivel municipal. De manera que las bases territoriales se convirtieron en los nuevos espacios de condicionamiento de orden, control y poder tanto político como criminal. A partir de entonces, las incursiones de las organizaciones criminales en otros territorios han influido de manera directa e indirecta en el aumento de los niveles de violencia para expandir sus actividades ilegales y someter a las autoridades y a la población.

Si bien Trejo y Ley ofrecen un panorama completo de la criminalidad que hay en todo el país con modelos estadísticos, sus estudios de caso se concentran en seis estados: Michoacán, Baja California, Jalisco, Chihuahua, Nuevo León y Guerrero. La selección no es arbitraria, en estos estados la expansión de la violencia y la reconfiguración de los vínculos de protección en instituciones de justicia y de seguridad propiciaron una rearticulación de los cárteles de las drogas y la aparición de milicias.

Otro aspecto destacable de la obra es que permite aproximarnos al estudio del fenómeno criminal más allá de las causas de la violencia estudiadas hasta el momento, como la pobreza, la marginalidad, la falta de apoyos sociales y la corrupción, entre otros. Si bien estas variables son importantes, no alcanzan a justificar los aumentos de violencia y muerte que se han presenciado en México durante las dos décadas de enfrentamientos

entre grupos criminales. Lo que nos muestra *Votes, drugs, and violence* es que la falta de reformas de fondo en los campos de seguridad y justicia transicional afecta y fortalece las lógicas criminales, las cuales se vuelven cada vez más predatorias, y que la incertidumbre en los cambios de poder político contribuye a desarrollar mecanismos de control territorial adversos que ejercen la violencia como herramienta de represión e imposición de modelos de gobiernos alternos.

Trejo y Ley demuestran que en los más de veinte años de muerte, sangre y una guerra permanente entre los cárteles de la droga mexicanos es posible identificar lógicas político-criminales que pueden servir de brújula para observar las formas de reproducción y desarrollo de la violencia criminal, a fin de diseñar estrategias de intervención política y social para contenerlas o debilitarlas. Por este motivo, su libro es una propuesta novedosa que permite pensar desde otros enfoques la relación directa e intrínseca de la violencia criminal, el campo político y los altos niveles de violencia ejercida por las organizaciones criminales en las nuevas democracias. —

---

**MARISOL OCHOA ELIZONDO** es doctora en historia por la Universidad Iberoamericana y especialista en temas de violencia y crimen organizado.

## ¿Es posible recuperar la paz en democracia?

**CARLOS MATIENZO**

Uno de los principales atributos que le hemos otorgado a nuestra transición democrática es que fue pacífica y ordenada. Nos hemos convencido de que nuestro largo recorrido hacia la democracia por la vía del pluralismo electoral evitó el derramamiento de sangre. A pesar de que la expansión del crimen organizado en el país sucedió al mismo tiempo que nuestro cambio de régimen, hemos desterrado por completo el fenómeno de la violencia de nuestro relato democrático.



¿Se trata en verdad de dos acontecimientos coincidentes pero desligados? Para Guillermo Trejo y Sandra Ley, no. En *Votes, drugs, and violence. The political logic of criminal wars in Mexico*, los autores toman una avenida poco explorada tanto en la literatura del cambio de régimen como en la dedicada a explicar el fenómeno de la inseguridad en el país. A través de un análisis cuantitativo y cualitativo, buscan probar una hipótesis inquietante: que la transición democrática en México no solamente sirvió como escenario para el desarrollo de la violencia criminal, sino que ha sido causa fundamental de su erupción, incremento y permanencia.

El libro nos invita a pensar a nuestras organizaciones criminales, los cárteles de las drogas, como actores políticos y no únicamente económicos. Bajo su visión, se trata de agrupaciones que responden al cambio político pues lo que las define es su relación con el poder gubernamental: sin convivencia y apoyo del Estado, el crimen organizado no puede existir pues requiere de su asistencia —que obtiene por medio de la colaboración, la cooptación o la coerción— para continuar extrayendo rentas. Ese ecosistema de colaboración entre agentes estatales y organizaciones criminales es conceptualizado por los autores como una *zona gris* de la criminalidad.

Cuando el régimen político cambia, los equilibrios de la *zona gris* también lo hacen y eso genera violencia. Bajo esta lógica, Trejo y Ley establecen tres grandes hitos de los conflictos criminales en México vinculados al cambio político. Primero, el de la llegada de los gobernadores de oposición, en los noventa, que llevó a los cárteles a construir milicias para enfrentar la incertidumbre producida por los reacomodos gubernamentales y para incursionar en otras entidades donde se abrían oportunidades. Segundo, el del sexenio de Felipe Calderón, cuando los conflictos partidistas (entre el PAN y el PRD) minaron la capacidad de coordinación del Estado y generaron oportunidades de expansión del crimen organizado. Finalmente, el tercer hito es el de la decisión de los cárteles de intervenir directamente en los ciclos electorales para fortalecer sus redes de protección a nivel municipal, pues la atomización criminal detonada por la “guerra contra las drogas” incrementó sus incentivos de influir a nivel local.

Antes de abordar las consecuencias analíticas de este estudio, hay que marcar algunas precauciones sobre la evidencia y los supuestos sobre los que está construido. En primer lugar, los datos de homicidios vinculados al crimen organizado que utilizan para demostrar su tesis fueron obtenidos a través de un análisis de los periódicos de los años noventa e inicios

del siglo XXI y difieren en su tendencia de las cifras oficiales de homicidios del INEGI. El estudio asume que, aunque los homicidios dolosos (INEGI) disminuían en aquellos años en algunos estados con alternancia, los vinculados al crimen organizado (detectados en fuentes periodísticas) estaban en aumento. No obstante, datos oficiales de años posteriores muestran que la cifra total de homicidios dolosos y la de aquellos vinculados al crimen organizado suelen moverse en el mismo sentido. De ser cierta la anomalía estadística que plantean los autores, confirmaría hasta cierto punto la teoría de Felipe Calderón para desatar su “guerra contra las drogas”: según el expresidente, aunque la violencia no presentaba un alza antes de 2006, los conflictos criminales sí estaban en una etapa de expansión.

Por otro lado, el estudio asume que el motor de la violencia criminal en los años noventa fue la alternancia en las gubernaturas ya que los mandatarios de oposición desmantelaron las estructuras priistas de cooperación criminal. Para sostener esta idea se basan en los testimonios obtenidos de los propios gobernadores de oposición. No obstante, no exploraron otras explicaciones relacionadas con el cambio político: falta de coordinación con la federación, inexperiencia de las nuevas autoridades o incluso alianzas político-criminales que de hecho empujaron la alternancia. Cualquiera de estas explicaciones mantiene la relación entre cambio político y violencia criminal, pero sus consecuencias analíticas podrían ser distintas.

Si damos por buenos los datos de Trejo y Ley y que en efecto la competencia política es un detonador de la violencia criminal, estamos ante un problema muy grave pues en democracia, a diferencia de un régimen autoritario, el cambio político es la regla y no la excepción. Lo anterior nos pone ante un predicamento: si el problema es el constante cambio y la pluralidad política, ¿podemos recuperar la paz sin abandonar la democracia?, ¿o es acaso la centralización y la reconstrucción de una hegemonía autoritaria, como la del viejo PRI, lo único que puede domar al mundo criminal para reducir el conflicto?

El propio texto aporta una pista en contra del camino regresivo. El régimen centralista de partido único, más que ser exitoso en contener la criminalidad organizada, habría sido el que, en primer lugar, dio pie a que existieran los cárteles de las drogas. Es decir, el ecosistema autoritario —ese que fomenta la arbitrariedad y la impunidad— es el que produjo los arreglos necesarios para la creación de la *zona gris*. La alternancia habría sido tan solo la chispa que detonó el incendio causado

por una fuga de gas creada por el autoritarismo. Como establecen Trejo y Ley, se requiere atender el aspecto crítico y ausente de nuestra transición democrática: reducir la *zona gris* de complicidad entre el crimen organizado y el Estado. Hacerlo implica construir un nuevo tipo de hegemonía basada en instituciones y controles democráticos, para lo que es necesario una profunda transformación de las corporaciones de seguridad y de procuración de justicia a nivel federal, estatal y municipal.

Si bien los autores apuntan en la dirección correcta al insistir en poner fin a los espacios de colusión en los sectores de seguridad y justicia para evitar que el cambio político genere violencia, la realidad es que la respuesta pareciera insuficiente ante el estado de los conflictos criminales posterior a la “guerra contra las drogas”. De hecho, esa es una deficiencia del libro: que mete con calzador el sexenio de Felipe Calderón al marco que explica la competencia política como principal motor de la violencia. Para los autores, Calderón utilizó de manera facciosa el aparato del Estado para beneficiar a gobiernos panistas y dejó en desamparo a sus enemigos perredistas, generando que fueran atacados por el crimen organizado. Lo anterior no está relacionado con la explicación original de la alternancia ni se sostiene del todo, en particular si se recuerda que fue a petición de un gobernador perredista que Calderón lanzó su primera ofensiva en contra del crimen organizado.

Hay explicaciones más convincentes sobre por qué con Felipe Calderón se detonó la violencia de forma tan abrupta. Benjamin Lessing establece que fue el “uso incondicional” de la fuerza represiva del Estado, es decir usar toda la fuerza contra todas las organizaciones criminales, lo que generó incentivos para que estas contraatacaran a las autoridades y oportunidades para que combatieran entre ellas. De tal manera, entre más se intentó hacer avanzar al Estado a través de la acción punitiva de las corporaciones federales, más se atomizaron las organizaciones delictivas; comenzaron a competir y a buscar influir aún más en el Estado, particularmente en los municipios. Ese ha sido el dilema desde entonces: entre más hemos pulverizado al supuesto enemigo, más corrosivo se ha vuelto para las instituciones.

Aun dando por bueno el análisis de Trejo y Ley sobre la transición, no toda la explicación de nuestra violencia criminal proviene de la competencia política y por tanto tampoco puede ser así su solución. Además de desmantelar la *zona gris*, es necesario también revertir la atomización del crimen organizado que se detonó

a partir de 2006. Esto implicará un uso más estratégico y disuasivo de la capacidad punitiva del Estado para equilibrar nuevamente el mapa criminal y reducir el número de conflictos. Requerirá hacer del Estado un árbitro y no un competidor más en las pugnas criminales; establecer barreras que eviten las incursiones criminales a nuevos territorios y marcar líneas rojas que las organizaciones no puedan cruzar sin sufrir consecuencias punitivas. Conllevará, además, focalizar los esfuerzos judiciales en los segmentos de las organizaciones criminales que generan la violencia, como sus milicias armadas y grupos de sicarios, y no en aquellos que se dedican a actividades como el cultivo, la producción y el trasiego de drogas.

El reto de nuestros tiempos es extirpar las prácticas del viejo régimen autoritario que dieron origen al crimen organizado al tiempo que corregimos las fallas en las estrategias de seguridad que hemos emprendido en nuestra joven democracia. Nuestro fenómeno de la violencia se ha complicado cada vez más y un solo marco teórico difícilmente puede explicarlo. Tanto en la academia como en los gobiernos, hace falta integrar las distintas aproximaciones al problema de la violencia para atacar las diversas causas que lo generan. De lo que podemos estar seguros es que cualquier solución pasa por el fortalecimiento institucional de los tres órdenes de gobierno y, fundamentalmente, por consolidar nuestro régimen democrático, no revertirlo. —

**CARLOS MATIENZO** es politólogo por la UNAM y tiene un máster en seguridad internacional por la Universidad de Columbia en Nueva York.

